

pócrita. El cuartel y la sacristía se levantaban erguidos desafiando á los pueblos, pretendiendo poner en vigor los principios teocrático-militares, y ofreciendo reducir á cenizas el edificio de la Constitución é imponer á los hombres la coyunda del despotismo. Ensoberbecida la reaccion con los grandes elementos que Comonfort habia puesto en sus manos, juraba alcanzar la victoria, no sin empapar antes los campos y las ciudades en la sangre de los amigos de la democracia, no sin levantar los patíbulos, última razon de los tiranos, y ahogar el soberano esfuerzo de los pueblos hácia la libertad.

Afortunadamente la reaccion no ocultó sus tendencias y el país vió claramente que el motin que habia estallado escribía en sus banderas andrajosas el odioso nombre de la tiranía, que el triunfo de ésta significaba la ruina de la República, la muerte de la libertad, el entronizamiento del peor de los despotismos. Lo comprendieron así los pueblos y se agruparon al pié del lábaro constitucional, jurando salvarlo ó morir en su defensa. Aparecieron caudillos, se armaron las masas y se dió principio á la lucha mas popular y sangrienta, á esa lucha titánica de tres años cuyo recuerdo es tan glorioso como imperecedero.

CAPITULO XVII.

Triunfos y derrotas.

(1858—1859.)

Motin Militar.—Salamanca.—Otro motin.—Flores Alatorre.—Miramon y Manero.—Huye la reaccion.—Salida de tropas liberales.—Crímenes é impunidad.—Fray Antonio Vergara.—Patron.—Su derrota.—Desastre de Ahualulco.—Coronado.—Patron y Miramon (D. Joaquin).—Arbitrariedades de ambos.—Tiranta de Patron.—Su carácter.—Derrota de Miramon y Patron.—Restablécese el orden constitucional.

LCÁZAR redactaba en esta época el periódico oficial por haber salido para Guadalajara D. Estéban Avila, quien era diputado suplente como lo fué propietario D. Martin Bengoa. Había creído el

gobierno del señor Juárez poder reunir el congreso de la Union en aquella ciudad, lo que quizá hubiera logrado sin la infame traicion de Landa y el desastre de Salamanca.

Se habia formado la coalicion y Aguascalientes mandaba al combate á una fuerza de infantería que se puso á las órdenes de D. Eligio Venegas. Era el mes de Enero, y fué preciso dar cuanto ántes el contingente de sangre. Se dieron los toques de marcha, se emprendió ésta, y al estar la tropa formada frente á la casa del Estado, se pronunció aquella, menos la segunda compañía que habia quedado en el cuartel al mando de Rangel, entónces capitán.

Todo se habia cambiado; la reaccion no estaba ociosa; minó la tropa, provocó un escándalo. Gallegos, Goytia y otros sedujeron á los sargentos, uno de ellos llamado Santos, á los que obedecieron los soldados. A los sublevados se unió el pueblo, aunque no en tanto número como creía la reaccion; fué herido el valiente capitán D. Narciso Hernandez que cumplió su deber oponiéndose al motin, y el combate comenzó.

Se hubiera perdido todo sin el arrojo de Macías y de Rangel que con solo cuarenta hombres sostuvieron la lucha. Algunos empleados se armaron y combatieron como el último soldado; concurrieron los liberales al lugar del peligro, y la sorpresa de la defeccion no dió los resultados que esperaban los reaccionarios. El antiguo sargento Guerrero quiso organizar la sublevación y otros siguieron su ejemplo. El fuego continuó; algunos de los soldados seducidos huían; corrían otros con sus armas á unirse á Macías y á Rangel que ya con-

taban con algo mas que cuarenta hombres, y tomaron la parroquia y otras alturas. El motin, que habia estallado á las diez de la mañana, se sentia débil en la tarde. La lealtad y el arrojo se imponian al mayor número.

Hubo dos acontecimientos que debo consignar, en ese día memorable. Un tal Castellanos se decia comisionado de la reaccion y jefe de la revuelta, y cuando ésta habia estallado, cuando debieron regentearla él y los otros jefes reaccionarios, permaneció en la casa de D. Manuel Camarena, convertida en cuartel general. Pretendió hacer rendir á los que con tanto denuedo combatieron el motin. Comenzaron las ridículas negociaciones, las groseras intrigas; hubo liberales débiles, pocos por fortuna, que deseaban la *capitulacion*; pero Macías y Rangel contestaron con un laconismo digno de los soldados de Léonidas:—"No."

D. Carlos R. Patron estaba preso en la cárcel, edificio situado á la espalda del cuartel. A las alturas de aquel edificio y con el fin de evitar la fuga de los criminales, fué mandado con unos cuantos soldados el oficial D. Luis Dávalos, y éste ordenó hacer fuego y lo hizo personalmente sobre Patron, que estaba en su calabozo, inerme, desarmado. Se intentó cometer el mas frío y cobarde asesinato; pero la fortuna favoreció al preso y ninguna de las balas alevosas le hizo daño. (1)

Habiendo cesado el fuego al anochecer, Macías y Rangel dispusieron que el primero quedase en el cuar-

(1) Este mismo Dávalos defeccionó despues y mas tarde fué fusilado por los liberales. Militaba en las filas de Patron!

tel y saliese el segundo por las calles con cincuenta hombres, con bandera blanca y victoreando á la religion. El ardid produjo el resultado apetecido; creyeron los insurrectos, de los cuales unos se ocultaron y otros permanecian en los suburbios de la poblacion, que Rangel se habia pronunciado. Las filas de éste quintuplicaron su número y volvió al cuartel, donde se castigó conforme á las prescripciones de la ordenanza la traicion de los incautos soldados, dando á cada uno cien ó doscientos palos. A ninguno se fusiló.

De este modo no solo fué vencido el motin, sino que se logró que no se perdiesen las armas, ni el equipo, ni los hombres, y pudo el Estado reorganizar prontamente el batallon. Conseguido esto, recobrada la moral de la tropa, marchó el cuerpo á las órdenes del coronel D. Longinos Rivera y del teniente coronel Venegas, y se incorporó al ejército de la coalicion que mandaba el general Parrodi. El mes siguiente (Marzo) tuvo lugar la derrota de las armas constitucionalistas en Salamanca, y los hijos de Aguascalientes pelearon allí y sucumbieron en defensa de las leyes.

Esa derrota significó un golpe terrible para el gran partido liberal y mas aún para Aguascalientes que debia ser invadido prontamente por los vencedores, y eso cuando se habian agotado los elementos de resistencia. La reaccion trabajaba en el sentido de que antes que fuese invadido el Estado estallase en su seno un pronunciamiento. Lográronlo fácilmente los mismos que habian promovido el motin de Enero. Estalló la revuelta y toda resistencia fué inútil. Herido el teniente Torres, desmoralizada la tropa, fué imposible

contener el desórden, ménos cuando habian defecionado Dávalos, Sixto Gonzalez y otros oficiales. Macías y Rangel hicieron inauditos esfuerzos para sofocar la revolucion. No lo consiguieron, y en la noche emprendieron su marcha con el fin de incorporarse al ejército del Norte. Les acompañaban sus asistentes y un viejo y bravo veterano y liberal intransigente, Nicolás Avila, á quien por apodo se llamaba el *Lobo*.

El cambio de instituciones y de gobierno tuvo lugar; á los elegidos por el pueblo sustituyeron los designados por los rebeldes. Fué gobernador y comandante general Flores Alatorre; apareció mandando la infantería el teniente coronel D. Mariano Saenz, á quien el gobernador constitucional habia empleado poco antes, y Patron vino despues á mandar las tropas existentes y las que despues se organizaron. (1) Este cambio, originado por el motin del martes santo, se verificó sin fusilamientos de liberales y se inauguró el llamado gobierno conservador, sin persecuciones. No se manifestaban todavía, no se traducian en hechos condenados por la humanidad, los ódios de la reaccion.

Flores, aunque militar valiente, no era hombre para aquella situacion. Retrógrado y amigo de los gobiernos militares, no podia ir, no le era posible retroceder hasta donde le impulsaban sus amigos, mas exigentes ó ménos ilustrados que él. Flores vió que el

(1) Antes de esto, López de Nava sacó de la cárcel y remitió á Guadalajara bajo la custodia de una fuerza que mandaba D. Claro F. Puente, á D. Carlos R. Patron. Se fugó en el camino y volvió á Aguascalientes poco despues, ya libre.

general Osollo, jefe del ejército conservador, era un dudoso sectario del despotismo, y esperaba prudentemente que ese jefe y el gobierno de Zuloaga definiesen la política que debía adoptarse. Cesaron ante la actitud que Flores asumía las instigaciones de los reaccionarios, que se contentaron con repartirse los empleos, unos, y otros con aplaudir á los que desempeñaban puestos públicos.

Llegó Miramon á Aguascalientes con una brillante division, una de cuyas brigadas mandaba el valiente, simpático y desgraciado Manero, á quien tan pocos días de vida concedía el destino. La masa del pueblo recibió bien á Miramon, vió al libertador de la religion en el jóven audaz; los jefes de la reaccion, los factores de asonadas, le cumplieron, y el clero le felicitó, pero no hizo fiestas religiosas. Faltó el *Te Deum* tan frecuente en otras partes. No se dió gracias á Dios en sus templos por el advenimiento al Estado del hombre cuya espada iba á empaparse en sangre de mexicanos, de hombres que profesaban el culto cristiano como los que se decian salvadores de éste.

Miramon salió de nuestra capital para la de Zacatecas y de ésta para la de San Luis, pero antes de llegar á la última recibió un golpe rudo, sufrió casi una derrota en el «Puerto de Carretas,» en donde fué batido por el ejército del Norte el 17 de Abril. Diez días antes (el 7) fué derrotada una fuerza reaccionaria en Solís, y diez días despues (el 27) era tomada la plaza de Zacatecas, en donde el coronel Zuazua mandó fusilar á Manero, Landa, Drechi, Aduna y Gallardo. (Este último vive aún en México.)

La noticia de estos repetidos triunfos demostró á los reaccionarios de Aguascalientes cómo no era tan fácil la victoria de su causa y cómo la traicion de Comonfort no había destruido las fuerzas de los defensores de la Constitucion. Quedaba Juarez levantando la bandera abandonada por aquel, quedaba el partido liberal, arma al brazo, defendiendo su obra; quedaba el pueblo mismo, que es invencible, al lado de los principios proclamados. Vieron que no se trataba de motines militares, de asonadas de vivac, que en otros tiempos determinaban fácilmente cambios de instituciones y de gobiernos; vieron que la lucha se ensangrentaba con los fusilamientos de Zacatecas que fueron precedidos del asesinato inícuo que Piélagos y Monayo perpetraron en Jalisco en la persona del sábio médico, liberal immaculado y popular ciudadano Ignacio Herrera y Cairo.

Tuvo entonces necesidad el gobierno reaccionario de abandonar Aguascalientes, en donde López de Nava restableció el imperio de la Constitucion. Pocos días despues llegó á la capital del Estado el coronel D. Silvestre Aranda, nombrado jefe de las armas, y despues vimos á los soldados del Norte, moralizados, valientes, cualidades que les hicieron simpáticos á los bravos de Aguascalientes. Esa seccion de tropas, mandada por el coronel licenciado D. Miguel Blanco, salió para Jalisco, y á ella se incorporó el batallon primer ligero que mandaba Rayon.

Dejo á esta brigada en su camino para referir despues sus hazañas, y vuelvo á la localidad.

La fuerza de Aranda era el reverso de la de Nuevo Leon y Coahuila. Habia entre los que la formaban aventurerós, bandidos que desprestigiaron la causa de la Constitucion, hombres que á la sombra de la revolucion saciaron sus criminales pasiones. Una excursion que hizo esa fuerza á los pueblos del Occidente del Estado y Sur de Zacatecas, sembró en ellos la desolacion y el espanto. Con pretexto de restablecer el órden interrumpido, de procurarse recursos para los gastos de la guerra, y al grito de «¡viva la libertad!» grito sacrilego en bocas de semejantes hombres, se asaltó á esos pueblos, se les robó, se cometieron crímenes que no podria reseñar mi pluma sin insultar á la sociedad. Nada fué respetado; la moral y la civilizacion recibieron de esos pretendidos liberales los mas rudos golpes, y los pueblos juzgaban de la justicia y bondad de la causa constitucional por los hechos salvajes de los que se decian sus campeones. La desenfrenada turba regresó á Aguascalientes cargada con un botín, fruto del pillage. Públicamente se vendian en nuestra capital, caballos, ropa, ornamentos de iglesia, muebles, cuanto habia arrebatado á familias laboriosas, honradas y pacíficas aquella irrupcion vandálica. Aranda supo y vió todo, pero no tuvo voluntad ó le faltó energia para castigar á los autores de tantos atentados.

Nosotros no fuimos solidarios de tales crímenes. Nuestro gobierno protestó contra ellos; el *Progresista*, órgano del partido liberal, publicó varios artículos, uno de ellos bajo el epígrafe de «Justicia y reparacion,» notable por la energia de su estilo, por la moralidad y exactitud de sus apreciaciones. De todo se dió cuenta

á Zuazua á cuyo lado estaba Gómez Portugal, quien influyó con el jefe fronterizo para que abandonase aquella horda de falsos liberales la capital del Estado.

Antes de que Aranda saliese de Aguascalientes tuvo lugar un suceso escandaloso. El fanático y revoltoso fraile Vergara estaba en Lagos, «lamentando las desgracias de la religion,» y dirigió á la primera de estas ciudades un paquete de cartas, rotulado: «Señor D. Silvestre Luna, com.te.» El jefe de las armas creyó ó fingió creer que Luna, debia traducirse Aranda, y com.te, *comandante*, cuando Vergara quiso decir con esa abreviatura, *comerciante*, lo que realmente era Luna. Se recibieron y abrieron las cartas en la comandancia, y ellas demostraron la ligereza estúpida del fraile, hicieron revelaciones de graves secretos que jamás debieron publicarse por respeto á la sociedad, á la moral y al honor de las familias. Pero las pasiones estaban exacerbadas, y se resolvió dar á la prensa esas cartas cuya lectura no solo revelaba la inmoralidad del mal sacerdote, sino que designaba nombres y daba lugar á interpretaciones siniestras contra la virtud de algunas mujeres y el honor de sus maridos. El partido conservador quizo salvar al fraile diciendo ser apócrifos esos documentos, pero su autenticidad era indisputable. Las cartas maltrataban al idioma y al sentido comun; pero eran tiernas, dulces, melosas para las *hijas espirituales*, *comadres*, etc., é indicaban bien claro que el autor de ellas habia prostituido su mision. En ciertas frases que pintan las angustias de la ausencia, el martirio de los celos, la efervescencia de carnales pasiones, se mezclaban insultos contra los *tagarnos* y, lo

que es peor, los nombres de Jesucristo y de la religion. —Vergara hizo con esto tanto mal al partido conservador como lo hizo al liberal la expedicion de la fuerza de Aranda.

Con la salida de las tropas de Aranda quedaba desguarnecida la capital, lo que no podia ignorar Patron que estaba en Lagos y se dirigió sobre Aguascalientes abandonada por López de Nava. Al llegar á la ciudad le resistió D. Plutarco Silva con muy pocos de sus dependientes y criados, y el resultado no podia ser dudoso. D. Tiburcio Camarena, ayudante de Patron, y otros oficiales y soldados de éste, se echaron sobre la casa de Silva, quien escapó, no sé cómo, de ser víctima de su temeridad.

Entre tanto, López de Nava pedia auxilios al gobierno de Zacatecas, quien mandó una seccion de tropas de infantería y caballería á las órdenes de D. Antonio Santiago y D. José María Sandoval. Unida aquella á la pequeña fuerza del gobernador, se dirigió á Aguascalientes, de donde huyó Patron, no sin llevarse plagiados á Rayon y á D. Felipe Camarena. El jefe reaccionario fué perseguido y derrotado en Lagos. El principal héroe de esta campaña fué Sandoval, uno de los hijos de Aguascalientes que murió á fines de este mismo año (1858) en el Nayarit, peleando, como siempre, por la libertad. Rayon y Camarena fueron rescatados.

Quedaba otra vez el gobierno constitucional en posesion del poder; toda la administracion seguia su curso sin mas preocupacion que la de la guerra que incendiaba todo el vasto territorio de la República. La

plaza de San Luis fué tomada por el ejército del Norte, robusteciéndose su moral, y ese ejército era numeroso y estaba perfectamente armado y municionado. (1)

Mientras que Vidaurri, jefe de las tropas liberales, esperaba ser atacado por los reaccionarios, tenia lugar en Aguascalientes un hecho que no podia justificar ninguna ley, mucho ménos la Constitucion: el gobierno del Estado cometió una arbitrariedad, porque no merece otro nombre la violenta medida dictada por él contra reaccionarios pacíficos. D. Francisco Camarena, D. Fernando Rodriguez, D. Sotero Laurencio y otros cuatro eran fanáticos conservadores, escierto, como lo es que no desaprovechaban oportunidad alguna para vociferar contra el poder legítimo; pero esto no era un crimen, porque no lo es la manifestacion de las opiniones políticas. Sin embargo, aquellos señores fueron arrebatados del hogar y conducidos entre filas al cuartel general del ejército del Norte.

Los grandes elementos de que disponia Vidaurri hacian esperar la victoria de las armas constitucionalistas; se creía que despues de la derrota de Miramon, el ejército del Norte haria su marcha triunfal hasta México; pero eran engañosas tales predicciones. La fortuna fué adversa á los vencedores en Solis, Carretas, Zacatecas y San Luis, y el 29 de Setiembre sufrieron la

(1) En uno de los muchos combates que se libraron en San Luis, fué acribillado á balazos el valiente jóven D. José María Arellano, que asaltó audazmente una de las mas peligrosas trincheras enemigas. Quizá á consecuencia de esas y otras heridas, Arellano ha quedado ciego.

mas sangrienta derrota en Ahualulco, salvándose de ella únicamente la seccion que mandaba el coronel D. Ignacio Zaragoza, á cuyo lado se encontraban Gómez Portugal y Ortigosa, testigos de aquel desastre cuya inmediata consecuencia fué la prolongacion de la guerra por mas de dos años.

D. José María Rangel, que mas tarde figuró como liberal, era en aquella época reaccionario. El fué quien apostó gentes desde el campo de la guerra hasta la hacienda de Ciénega Grande, y llevó á Aguascalientes la funesta nueva que circuló otro día á las dos de la tarde. El Estado no tenia tropas; sus recursos estaban agotados; de manera que la noticia causó un pánico terrible. El coronel Coronado, que estaba en San Jacinto, era nuestra única esperanza de salvacion; pero este caudillo permaneció poco tiempo en Aguascalientes y se dirigió con sus fuerzas á Guadalajara, cooperando á la toma de la capital de Jalisco que tuvo lugar un mes despues del desastre de Ahualulco.

Miramón (D. Joaquin) y Patron amagaban á fines de Octubre á Aguascalientes y fué preciso que el gobierno se retirase á Zacatecas á donde le siguieron los liberales. Pocos de éstos permanecieron en nuestra capital, y, los que allí quedaron, tuvieron suficientes motivos para arrepentirse. Los reaccionarios llegaban engreídos con la victoria de Ahualulco y ciegos por el odio. Flores Alatorre volvió al gobierno, pero fué derrocado por su cómplice Patron, y comenzaron las arbitrariedades, los actos tiránicos. El despotismo comenzó á cebar su mal contenida saña; la reaccion se presentó tal cual era, vengativa, intolerante, sanguina-

ria. D. Ignacio y D. Epifanio Gallegos, D. Petronilo Ugarte y D. Francisco A. Rosales vivian pacíficamente en Asientos, pero no eran amigos de los rebeldes, y esto bastaba para ser víctimas. No pensar como los verdugos es un crimen que siempre castigan los tiranos. Fueron aprehendidos en aquella villa y conducidos entre filas á la capital. El populacho fanático quiso dar muerte á Rosales, y lo hubiera logrado, á no impedirlo la fuerza que le conducia. En vano la esposa de éste, la señora Doña Carlota Sanchez, reclamó contra los ultrajes de que era víctima su marido: Patron permaneció inflexible. No era él quien atendia á la justicia, aunque la justicia fuese invocada por la virtud, la juventud y la hermosura. Aquella señora ocurrió ante D. Joaquin Miramón, y sin hacer uso de súplicas humillantes que envilecen, reclamó sus derechos y fué oída despues de los dias de tortura que sufrió su esposo.

Y esto no fué todo. Los liberales eran vigilados; el espionaje ejerció sus viles funciones; estaba despierta la suspicacia del despotismo. Fueron azotados, abofeteados los cocheros de la diligencia que corria entre Aguascalientes y Zacatecas, y apaleados los respetables Sres. D. Juan Arteaga y D. Rafael Ignacio Chavez. El licenciado D. Isidro Arteaga, fué golpeado por el mismo Patron y conducido por él á la cárcel. Todavía mas. Sin formacion de juicio, sin salvar las fórmulas de la ley, fué fusilada una familia García, (el padre y tres hijos) haciéndose gracia al mas pequeño que solo tenia quince años. Tales hechos no los hubie-

ra cometido y no los cometió en efecto el mismo Márquez que acababa de pasar por Aguascalientes. (1)

No puedo dispensarme de dar á conocer á Patron cuando menos por el importante papel que representó en la guerra de tres años, cuyo término le fué tan funesto.

Patron nació en Yucatan y fué empujado hasta Aguascalientes por el torbellino revolucionario. Tenia poco mas de treinta años y era de color rosado, de baja estatura, de anchas espaldas y de robustos músculos. No admitia que se le contradijese aquel hombre soberbio, atrevido, impetuoso, de fortísimas pasiones, exaltado, fanático en religion y en política. Defendia con denuedo la causa que abrazó, tenia fé en el triunfo de ella; odiaba á los liberales, respetaba y amaba á los jefes de la reaccion, y se adhirió al clero porque veía en éste un poderoso aliado. No era ilustrado, pero sabia hacerse entender del pueblo cuya ignorancia y fanatismo adulaba. El mismo era uno de esos fanáticos que al influjo de la ciega pasion que les subyuga saben desplegar el valor del entusiasmo. Era Patron entre nosotros lo que en la Vendée el carretero Catalineau.

La gran masa del pueblo no comprendia la revo-

(1) Al pasar por la hacienda del Carro el general Márquez, plagió al Sr. D. Rafael Carrera, liberal que hacia honor á su partido por su sinceridad, patriotismo y desinterés. Ese hombre fué el benefactor de Aguascalientes, Zacatecas y San Luis. No quiso dar ninguna cantidad de dinero por su rescate; creía como Sócrates, que *piensa en su defensa quien obra bien toda su vida*; pero el comercio zacatecano dió cincuenta mil pesos y Carrera recobró su libertad.

lucion, ni los derechos que la Constitucion le otorgaba, ni las tendencias salvadoras de esta y aquella: creía que la religion peligraba, que sobre las ruinas de ésta se entronizaria la impiedad; es decir, creía lo mismo que Patron, y de aquí nació la popularidad de éste. Le apreciaban y temian sus amigos, le querian, casi le amaban las mujeres reaccionarias, cuyo lenguaje sabia; le escuchaba el pueblo, le seguía.

Esto último pudo demostrarse á principios de este año (1859). Las brigadas liberales de los jefes Blanco y Coronado, estaban en la hacienda de los Campos, y Patron temió ser atacado por fuerzas superiores. El tenia cuatro ó quinientos hombres, pero armó al pueblo, improvisó una guardia compuesta de personas pertenecientes á las clases alta y media, y se vió que podia resistir. Aquellos jefes no insistieron en la idea de atacar la plaza, gracias á Macías y á la oficialidad de Aguascalientes, pero el amago sirvió á Patron para conocer su popularidad.

El partido liberal se habia robustecido en Zacatecas. A las fuerzas de ese Estado se unieron los restos del batallon de Aguascalientes y tropas del Norte, y se dirigieron sobre el interior. Antes, Patron y Miramon fueron hasta Zacatecas, (1859) y no se atrevieron á atacar, al ver la actitud de aquel pueblo. Retrocedieron, y en Rincon de Romos tuvo lugar un reñido combate entre el ejército liberal y el reaccionario. En esa accion se baten nuestros compatriotas unos á otros. Acá está Patron con el cuerpo de infantería que ha organizado; allá Macías con el resto del que hizo una campaña peligrosa y gloriosa de diez meses. ¡Viva

Aguascalientes! es el grito de guerra en los dos campos, y se combate con encarnizamiento. Allí ejercieron su crueldad los reaccionarios, asesinando á los prisioneros que habian hecho mientras la victoria permaneci6 indecisa; pero ella se declaró por los liberales, quienes en represalia fusilaron á D. Jesus Esparza, Huyen Patron y Miramon; llegan á Aguascalientes cuya plaza abandonan á Zaragoza, que es el jefe de los vencedores, y una vez mas se restablece el orden constitucional en el Estado.

CAPITULO XVIII.

Una campaña gloriosa.

(1858—1859.)

- Rayon.—Mactas y Rangel.—Toma de San Juan de los Lagos.—
- "Agua fria" y San Juan de Dios.—Victoria de Atenquique.—
- Accion de Santa Anita.—Sucesos de Morelia.—Carta de Mactas.
- Ataque á México.—Arrojo de nuestros soldados.—Derrota y retirada.—Juanacatlan.—Ponciltlan.—Triunfo de Miramon.—
- Atrevida retirada.—Irapuato.

ELA NOCHE del mártres santo (1858) marchaban Mactas y Rangel á incorporarse al ejército del Norte, en busca de nuevos combates, como Carlos XII se dirigia á la Livonia, invadida por Augusto, rey de

CAPITULO XVIII. Una campaña gloriosa. (1858-1859.)